

## Prefacio



# El alma nunca piensa sin fantasmas

Por Rubén Dittus

Cada vez que algún relato o ensayo académico aborda los términos relativos a lo imaginario, se asoma algo de desconcierto. La primera novela de Kristopher Rodas no es la excepción. “Imaginaria” es algo más que un grupo de personajes y acciones que transcurren en la mente de un niño, pues revaloriza el concepto de *imaginación*. Nos invita a repensar la *phantasia*, tal como fue concebida hace más de dos mil quinientos años por el pensamiento clásico de Occidente. Es allí donde surgen las ideas sobre la imagen simbólica y sus derivados (*signo, fantasma, representación, mito, símbolo, figura* y otros). Desde entonces se ha dictaminado que la conciencia dispone de dos maneras de representar el mundo. Una directa, en la cual la cosa parece presentarse al alma como una sensación. Otra, indirecta, cuando la cosa no está en “carne y hueso” para activar la sensibilidad. Es allí donde están nuestros recuerdos de infancia o las imágenes que nutren nuestra mente para imaginar los paisajes de un planeta inexplorado en el universo. En estos casos de conciencia indirecta, el objeto ausente se representa ante ella mediante una imagen simbólica, en el más amplio sentido del término. ¿Es real acaso esa imagen? ¿Es más importante lo que sentimos en el aquí y ahora que aquellas pasiones generadas por lo que imaginamos?

Desde Platón la filosofía no ha dejado de considerar la imaginación y lo imaginario. Ambas provienen del latín *imaginatio*, que traduce, a su vez, la *phantasia* griega. *Phantasma* no es propiamente imagen, sino “lo que aparece”, lo cual lleva consigo la necesidad de traducirlo como “presentación” y no como “representación”, tan común entre nosotros. Con el tiempo, la distorsión

era inevitable, y hoy abarca conceptos como visión, espectáculo y fantasía. Ya en pleno siglo xx la fantasía queda relegada sin salvación al ámbito de lo puramente irreal, lo que remite al problema de la diferencia entre sensible e inteligible, entre el soporte y la sustancia. Aristóteles problematiza aún más la imaginación y los fantasmas que viven en ella. Y lo hace al descubrir dos imaginaciones: *la imaginación en el sentido trivial* (que otros denominarán más adelante “imaginación segunda”) y *aquella que cumple una función más radical o fundante*, requisito para darle sentido a la existencia (y que posteriormente será conocida como “imaginación primera”). Tuvieron que pasar varios siglos para que el tema fuera tomado nuevamente por otros filósofos: Kant, Hegel, Husserl, Sartre y Bachelard, esta vez de manera mucho más explícita, pero igualmente confusa. Y es que el habla común vincula la imaginación con lo fantástico, la ausencia, lo irreal y con lo que no existe. Como si la realidad estuviera fuera de la mente y creara un “anti-mundo” u “otro-mundo”. Así, la acción de imaginar es vista con sospecha, asignándole un rol simplemente reproductivo, ilusorio y engañoso, es decir, alejado de la realidad objetiva.

El psicoanalista Cornelius Castoriadis publicó en enero de 1977 en la revista ateniense *Tomes* un artículo titulado “El alma nunca piensa sin fantasmas”, en el que traduce el concepto de *fantasma* empleado por Aristóteles. Traducir esa palabra –dice Castoriadis– por imagen o representación es infiel, arbitrario y fuertemente interpretativo. De lo que hay acuerdo es que el fantasma es obra de la *phantasia*, de la imaginación. No hay fantasmas sin el ejercicio de esta última, con todas las dificultades para comprender sus efectos. Así, ¿es loco el que imagina demasiado? ¿los fantasmas deben ser tomados en serio? ¿sin imaginación no hay creación? ¿hace daño la imaginación en exceso?, son algunas de las preguntas formuladas por la filosofía. Sus respuestas siguen siendo incontenibles o difíciles de comprender.

Para Aristóteles el fantasma no es un “nada”, ya que ocupa un espacio en el pensar, pero tampoco es un “dato empírico” o “externo”. No es una cosa. Es algo sensible, sin materia, engen-

drado en los más profundos rincones de la mente que provoca sensaciones con disímiles efectos. De este modo, Castoriadis opta por definir la *imaginación* como una especie de movimiento, y podrá ser causa de acciones y emociones para el ser humano que la posee y será susceptible de verdad como de error. Siguiendo la filosofía aristotélica, el *fantasma* está en el fundamento mismo de la memoria, algo así como una figura a través de la cual se evocan imágenes mentales independientes, con capacidad para recombinar elementos externos a ella, todo esto determinado por leyes psicológicas. Así nacerían las ideas, las creencias y las pasiones.

Dicho lo anterior, quizás ahora comprendemos mejor porqué “el alma nunca piensa sin fantasmas”. Siempre hay fantasmas, pues imaginamos siempre. Es la base de nuestra posibilidad existencial. Los fantasmas son como sensaciones, pero sin materia. Cada vez que pensamos, las imágenes fantasmagóricas sustituyen o le dan forma a lo inaudito, lo desconocido y a lo que todavía no sucede. La vida tiene más sentido y vivirla no depende solo de los objetos tangibles. Por ello, la imaginación no sólo es reproductora sino, y sobre todo, creadora, colaborando con la adaptación al mundo. Así, el fantasma es todo aquello que del objeto puede ser pensado, es la totalidad del objeto, salvo su materia. Cada vez que pensamos, contemplamos algún tipo de fantasma. ¡Los fantasmas sí existen! De ahí a explicar la fantasía hay un breve paso. Y lo fantástico es lo cien por ciento imaginado. La *phantasia* proviene de *phantasme*. O sea, no imaginamos lejos de los fantasmas. Son la condición de la acción de imaginar. En palabras de Freud, lo imaginario juega el papel de “*phantasia* compensadora”, pues la falta de objeto es lo que hace surgir la fantasía. El objeto y su falta es un síntoma, que es resuelto por la imaginación. Así como Mozart componía música a través de sus oídos, un Beethoven sordo escuchaba (imaginaba) dentro de su cabeza.

Siguiendo con la clasificación aristotélica formulada en un inicio, la “imaginación segunda” pertenece a esos poderes cognitivos cuyos productos son verdaderos o falsos. Otra cosa muy distinta es lo que ocurre con la “imaginación primera”. En ella habitan los fantasmas. Esta imaginación no tiene nada que ver con lo falso o

lo verdadero. Aquella simplemente es. Esta acción de imaginar no conoce de fallas o errores. No es negación ni afirmación. La imaginación primera no pertenece al ámbito de lo irreal. De este modo, lo verdadero o falso carece de interés en esta novela. Si el alma nunca piensa sin fantasmas, la tesis que dice que la mayor parte de los productos de la imaginación son falsos se hace insignificante. No hay inconsistencia ontológica si el lector descubre la irrelevancia de lo real o lo imaginario en la trama que se teje en este relato. “Imaginaria” desploma en algo más de doscientas páginas los sólidos fundamentos cartesianos de lo real, donde ha reinado el paradigma de la racionalización. Aquellos que durante siglos se han esmerado en poner un umbral entre lo concreto y lo volátil; entre lo objetivo y la experiencia subjetiva; entre lo real y lo imaginario; entre lo inteligible y lo sensible; entre la afirmación y la negación.

La lectura de las siguientes páginas requiere de una advertencia: suponer que los fantasmas existen significa, por supuesto, que no se parte de un idealismo abstracto ni del idealismo de la objetividad. El riesgo es que el lector caiga en la trampa de escoger la ensoñación idealista o aquella que promueve del empirismo en bruto. Y es que la experiencia de la subjetividad no es una experiencia *ex nihilo* (creada desde la nada), desconectada de lo presuntamente real, por lo tanto, prescindible, como lo pretende el positivismo. En mi opinión, la presente experiencia lectora busca solo esto: valorar las subjetividades de aquello que se vivencia, asumiendo que son tan válidas las experiencias directas como aquellas indirectas que bombardean a la conciencia, no desmereciendo el efecto de realidad provocado por esos fantasmas que reclaman ser escuchados. El dilema es si la mente estigmatizada de un niño entiende –o le importa– dicha diferencia. Y es que aquella cabecita plagada de sueños e imágenes invasivas se encuentra programada para valorar mucho más lo inexplicable que lo comprensible por las leyes físicas.

He allí la paradoja. Si lo que inventamos y lo que vivimos nos afecta por igual, ¿para qué aplicar la prueba de la verdad?

SANTIAGO DE CHILE, MAYO DE 2024